Afuera la lluvia

Marcelo Cammarano

Image not found.

Capítulo 1

Era una tardecita primaveral. Ahí estaba él, solo en su casa, poniendo el agua para los fideos. Las nubes afuera amenazaban con llover. Se aseguró de que las ventanas estuviesen cerradas y volvió a la cocina. Prendió la hornalla y apoyó la olla sobre la llama que apareció. Pensaba. Pensaba mucho. Es que cuando está solo piensa. Analiza. Pero nunca llega a ningún lado. Horas atrás había intentado escribir sin éxito. Se sentía bloqueado. Sus amigos lo habían llamado para salir por ahí pero había declinado la invitación, excusándose con que al día siguiente se tenía que levantar muy temprano a estudiar. Prefería estar solo. Sostenía que pensar le hacía bien, pero solo se causaba daño.

Hacía un par de semanas lo habían despedido del trabajo y ahora el ocio lo estaba matando. Una persona tan activa como él no podía estar tanto tiempo sin hacer nada. Sus amigos se preocupaban pero no podían hacer mucho ya que Nacho no se los permitía. Mantenía su postura de que estaba bien y que aquello era lo que necesitaba para despertar, pero sus amigos lo miraban escépticos. Pero si algo bueno tenía Nacho, era que no se rendía, no dejaba que nada lo tirase a la lona y jamás tiraría la toalla. Antes muerto que rendido.

A su madre se le iluminaban los ojos cada vez que hablaba de su único hijo varón. Del único varón de la familia, ya que su esposo había fallecido años atrás a causa de un accidente de tránsito fatal, que se llevó la vida de Luis y de su hermano. Nacho era el único hombre de la familia que quedaba y había tomado ese rol con entereza, ayudando a su madre con absolutamente todo. Su hermana menor, Camila, sentía profunda admiración por él. Aún llegando completamente exhausto de trabajar, ayudaba a su hermana con los deberes de la escuela. Incluso en los peores días siguió luchando, contra viento y marea, contra cualquier obstáculo que la vida le ponía enfrente. Es por eso que nadie entendía como podía haberse rendido así nomás con Mariana.

Mariana le había dicho que no podían verse más. Nacho estuvo días sin entenderlo, pero intentaba dejarlo atrás cada vez con más fuerza. Sin éxito, pero con voluntad. Se obligaba a pensar que el destino no quería que ellos estuviesen juntos. Que existía algo más poderoso que ellos dos que los alejaba constantemente. Que no les permitía ser felices. Entonces, de aquella manera y para sorpresa de todos, la dejó ir. La dejó ir sabiendo que caería en los brazos de otro, en los equivocados brazos de otro. Formaban un molde perfecto, pero no lo veían, o se negaban a hacerlo. <<Ella es muy complicada>> sostenía Nacho. <<Él no tiene tiempo para mí>> afirmaba Mariana. Y así los días pasaban. ¿Por qué Nacho no tiene tiempo para Mariana pero si para pensar mientras cocina sus fideos? Tiene tiempo para revisar que las ventanas estén cerradas. ¿Por qué Mariana es tan complicada pero cuando se junta con las amigas es lo más sencilla del

mundo?

El día que se conocieron llovía, como estaba a punto de suceder aquella tardecita. El paraguas de Mariana escapó de sus manos y fue a parar a los pies de Nacho, que saltaba por la vereda esquivando charcos de agua. Bastó con cruzar sus miradas apenas unos segundos para conectar. <<*Si lo tirás al piso no te va a servir de mucho*>> sonrió Nacho mientras lo levantaba del suelo y lo escurría un poco antes de devolvérselo. Ella río y pensó que era un idiota, pero igual le hizo gracia el comentario. Tiempo después se cruzaron en un bar, y también llovía. Él aprovechó la situación climática y se acercó a hablarle cuando ella se levantó de la mesa de sus amigas para ir a la barra. Volvió a romper el hielo y se quedaron horas hablando. Al poco tiempo comenzaron a salir. La lluvia era de ellos.

Hasta que sus nubes personales cubrieron ese cielo celeste con el que caminaban. Y dejaron de caminar. Nunca compartieron los motivos con el resto. Pero los dos caminaban solos. Y les faltaba algo. Algo que no querían ver. Porque también existía otro *algo* que los juntaba. Que los hacía pensar en el otro todo el día. Que los llevaba a sentirse vacíos.

El agua hervía. Nacho puso los fideos y bajó a sacar la basura a la esquina. Mientras volvía el cielo se cayó a pedazos y cubrió de agua las calles de la ciudad. En apenas unos metros Nacho quedó empapado. Pero lo entendió. Recién ahí lo entendió. Subió a su apartamento y fue a cambiarse. Se quitó la remera y sacó del ropero la primera que vio. Fue a ponérsela y sintió su aroma. Era la última camiseta con la que Mariana había dormido en su cama. Si algo había aprendido de su padre era a no rendirse nunca. A ir por ello. Y en este caso, por fin se daba cuenta de que debía ir por Mariana. Se negaba a creer que eso era todo para ellos dos. No lo concebía. De ninguna manera. Mariana era para él y haría hasta lo imposible por tenerla.

Salió casi que desesperado del apartamento en su búsqueda. La chica no vivía demasiado lejos pero por la velocidad con la que corrió bajo la lluvia bien podrían ser vecinos. Llegó a su puerta. Tocó timbre. Pasaron cinco segundos y nadie atendió. Volvió a tocar, esta vez con más vehemencia. Se prendió del timbre cual niño que se divierte tocando los timbres de las casas para correr antes que el dueño de casa saliese. Nadie respondía. No quería resignarse pero al parecer Mariana no estaba en su hogar. Se sentó en el cordón de la vereda. Una intensa lluvia caía sobre su cuerpo, pero una aún más fuerte caía sobre su alma. Ni siquiera podía recordar por qué habían terminado, por qué se había separado. Lo único que esperaba era no haberse dado cuenta demasiado tarde. Pero ella no estaba.

Esperó diez minutos más. La cantidad de agua que tenía sobre el cuerpo era incalculable. Sentía un nudo en el estómago pero se negaba a llorar. Hasta que doblando la esquina apareció ella. Corría sosteniendo un paraguas esquivando los charcos de agua. El viento azotaba fuerte y su

paraguas cedió. Cayó al piso y se deslizó hasta los pies de Nacho. Mariana aún no había notado su presencia. Seguía con sus ojos el camino del paraguas sobre el piso y recién levantó la vista cuando notó los pies junto al paraguas. Y ahí lo vio. Y se largó a llorar al instante. No dijo una palabra. Él tampoco. Levantó el paraguas y lo puso a la altura de sus manos, como ofreciéndoselo a ella. <<*Si lo tirás al piso no te va a servir de mucho*>> dijo aún con el nudo en el estómago y la voz ahogada. Ella tomó el paraguas y lo abrazó. Y ahí lo entendieron.